

PRIMERA PARTE
MOLDOX



Ya hacía tres días que no veía un dalek. Tres días que no tallaba otra muerte en el cañón de su arma. Era demasiado tiempo. Empezaba a provocarle ansiedad. ¿Qué estaban planeando?

Las patrullas dalek se habían vuelto esporádicas últimamente, como si ya no les importaran las ruinas exteriores. Se concentraban en la ciudad, reuniendo a todos los humanos supervivientes que encontraban y llevándolos hasta allí como si fueran ganado. Sus planes habían cambiado. Estaba ocurriendo algo nuevo.

Quizá era mejor que pensara en mudarse otra vez. Y justo cuando empezaba a estar cómoda.

Ascu se echó boca abajo sobre el polvo y la tierra, perfectamente quieta, estudiando la carretera que había bajo la pequeña loma en que

se encontraba. Había oído que había una patrulla dalek en camino, pero de eso hacía más de una hora. ¿Ya había acabado con ellos otro de los comandos rebeldes? Parecía poco probable. De ser así, ya lo habría sabido. Habría llegado un mensaje por su comunicador. No, lo más probable era que los daleks hubieran encontrado a otro grupo de supervivientes y estuvieran preparándolos para la esclavitud o *exterminándolos*, que es como se referían ellos a asesinar a alguien en el sitio. Ascuá agarró su rifle un poco más fuerte, sintiendo un golpe de ira al pensarlo. Si hubieran venido hacia ella...

Se apartó el flequillo de los ojos. Tenía una melena brillante de pelo caoba cortada desigual a la altura de los hombros. Es por lo que se había ganado originalmente el nombre de Ascuá. Bueno, y también porque había sido encontrada en las ruinas aún en llamas de su granja, y era lo único que quedaba con vida tras el paso de los Daleks.

Parecía que hiciera tanto tiempo ya desde que había ardido el planeta... Desde que ardieron todos. Ascuá había visto arder todos los mundos de la Espiral, iluminando el cielo sobre Moldox en una trenza rizada de orbes ardientes. Una noria de estrellas recién bautizadas.

Entonces era niña, poco más grande que una pieza de chatarra. Pero ya a esa edad sabía lo que las luces de los cielos auguraban para ella y los suyos. Los daleks estaban en camino. Ya no había esperanza.

Moldox cayó poco después y la vida, si se la podía llamar así, nunca volvió a ser la misma.

MÁQUINAS DE GUERRA

Su familia murió en los primeros días de la invasión, incinerada por una patrulla dalek al intentar huir buscando cobijo. Ascu sobrevivió escondiéndose en un cubo de basura de metal volcado. Asomada por un agujero en el óxido, viendo la carnicería a su alrededor, demasiado asustada para respirar. Tardó casi un año en sentir valor suficiente para producir sonido alguno.

Días después, confusa y traumatizada, la encontraron vagabundeando entre los restos de lo que fue su granja, y fue acogida por una banda errante de luchadores de la resistencia. No fue algo que hicieran por bondad hacia sus congéneres humanos, sino un medio para lograr un fin: necesitaban niños en sus filas para montar las trampas para los daleks, para que se colaran a rastras en los lugares estrechos en los que estos no pudieran seguirlos. Pasó los catorce años siguientes aprendiendo a luchar, a extender en el tiempo su existencia entre las ruinas y viendo crecer su ira con cada día que pasaba.

Todo lo que había hecho desde entonces, *todo*, se había alimentado de esa ira ardiente, de ese deseo de venganza.

Sabía que los años de vivir por los pelos no le habían hecho bien, estaba delgada a pesar de sus músculos, su piel era pálida y estaba salpicada de tierra a perpetuidad, y siempre que encontraba un momento para mirarse en un espejo roto, o en un cristal agrietado, solo le devolvían la mirada el dolor y los remordimientos de sus oscuros ojos color aceituna. Pero esta era su vida ahora: sobrevivir día a día, rebuscando comida y cazando daleks a la mínima oportunidad.

Mientras tanto, en el resto del universo, continuaba la guerra entre los Señores del Tiempo y los daleks, haciendo jirones todo el tiempo y el espacio tras de sí.

Ascua lo había oído explicado en términos muy directos: la guerra ya había durado unos cuatrocientos años. Esto, por supuesto, era mentira o, al menos, irrelevante; el campo de batalla de las guerras temporales se había extendido tanto en el tejido mismo del universo que el conflicto, literalmente, había existido eternamente. No había era que no hubiera sufrido o no hubiera estado en contienda, ni momento de la historia que no hubiera sido reescrito.

Para muchos, había acabado por llamarse la Gran Guerra del Tiempo. Para Ascua, solo era el infierno.

Cambió el peso de un codo al otro, siempre con los ojos fijos en la agrietada carretera de asfalto, buscando indicios, esperando. Llegarían pronto, estaba segura. Había destruido uno de sus transpondedores antes ese día, y la patrulla que habían visto los demás debía ir para investigar. Si los daleks eran algo, era predecibles.

Estudió la dentada hilera de edificios destruidos al otro lado de la carretera buscando a Pinzón. Era a quien le tocaba atraer el fuego dalek mientras ella acababa con ellos desde atrás. No lograba verlo entre las ruinas. Bien. Significaba que estaba a cubierto. Habría sido horrible que le ocurriera algo. Era uno de los buenos. Ascua casi se atrevería a decir que era un amigo.

Las fachadas de los edificios que había esparcidos a los lados de la carretera estaban ennegre-

cidas y astilladas, tanto por los rayos de energía de los daleks como por las bombas incendiarias con que intentaron resistir a los invasores las fuerzas de defensa humanas. Acabaron por fracasar, ante un enemigo abrumador, imperturbable e insensible. Los daleks eran incansables y, a los pocos días, el planeta entero había quedado reducido a ruinas humeantes.

Ascuá apenas recordaba la vida antes de la llegada de los daleks a Moldox. Tenía recuerdos vagos e impresionistas de torres brillantes y ciudades bulliciosas, de bosques salvajes y cielos llenos de naves de transporte. Aquí, en la Espiral de Tántalo, la humanidad había alcanzado su cénit, colonizando un sacacorchos hecho de mundos que rodeaban una inmensa y fantasmagórica estructura espacial, el Ojo de Tántalo, el cual la miraba ahora, estudiando amenazante los eventos que tenían lugar allí abajo.

Ese Ojo tenía que haber sido testigo de cosas horribles en la última década y media, a juicio de Ascuá. Moldox fue un lugar majestuoso en el pasado, pero ya solo era un mundo moribundo que se aferraba patéticamente a los últimos vestigios de vida.

Llegó un sonido de la calzada bajo ella. Ascuá se apretó más aún contra la tierra y se arrastró unos centímetros hacia delante para asomar desde lo alto de la loma y poder ver algo más de carretera. Las correas de la mochila se le clavaban en el hombro y la incomodaban, pero las ignoró.

Al fin llegaban los daleks, justo como había anticipado. Su pulso se aceleró. Entrecerró los ojos

para intentar contarlos. Podía distinguir cinco formas, aunque su corazón se encogió cuando se acercaron y pudo verlos con claridad.

Solo uno de ellos era un dalek, levitando sobre un pequeño grupo, como un pastor que guiara a los demás. Su carcasa bronceada brillaba bajo el sol de la tarde y su apéndice ocular se movía de lado a lado, estudiando el camino ante él.

El resto eran mutantes kaled, daleks, por decirlo así, pero retorcidos en nuevas formas perturbadoras por la interferencia de los Señores del Tiempo. Eran *aberraciones de Skaro*, el resultado de los esfuerzos de los Señores del Tiempo por rehacer la historia de los dalek, jugando con la evolución de su especie original, probablemente en un intento de descarriar el desarrollo de la raza dalek en sí. Pero los resultados habían sido catastróficos, y en cada permutación de la realidad, en *cada una* de las posibilidades, los daleks habían perdurado. No se los podía detener. Ascu pensaba que era como si el universo *quisiera* que hubiera daleks.

Muchas de esas *aberraciones* eran inestables, impredecibles, con lo cual a Ascu le parecían mucho más peligrosas que los daleks. Y ahora los habían reclutado para servir aquí, en Moldox.

Ascu preparó su arma, un rifle energético extirpado de la carcasa de un dalek agonizante, conectada a una célula de potencia, y luchó contra el impulso de huir. Ya era demasiado tarde. Ya estaba decidido. Solo esperaba que ninguna de las *aberraciones* tuviera algún arma a la que no se hubiera enfrentado antes.

Al acercarse la patrulla, Ascuá pudo verlos en más detalle. Dos de las *aberraciones* eran idénticas a una clase que ya había visto muchas veces: un torso humanoide dentro de una cámara de cristal reforzado, suspendida bajo una cabeza y apéndice ocular dalek normales. Tres paneles alargados de brazos metálicos negros flanqueaban esta columna central a los lados y por detrás. Los paneles estaban salpicados por los mismos medios globos sensores de las carcasas dalek estándar, y de cada lado salían armas de energía montadas sobre estrechas ranuras.

Los torsos sin miembros dentro de las cámaras de cristal se sacudían nerviosos mientras esos seres monstruosos levitaban, propulsándose por el aire con una nube de luz azul. Pinzón llamaba a estos seres *planeadores*.

Los demás, sin embargo, no se parecían a nada que hubiera visto antes. Uno de ellos tenía forma de huevo, estaba montado sobre un juego de tres patas de araña y correteaba por la carretera como un enorme insecto terrorífico. Su carcasa tenía los mismos glóbulos sensores, pero en esta ocasión eran negros como el carbón y estaban incrustados en paneles de un metal rojo oscuro. El apéndice ocular también era más grueso y de su cuerpo salían cuatro cañones iguales.

El mutante final parecía casi idéntico a un dalek normal, salvo porque su sección central, la que solía incluir el brazo manipulador y el rifle energético, había sido reemplazada por una torreta rotatoria sobre la que había montado un solo cañón de energía enorme.

Ascuá intentó tragar, pero tenía la boca seca. No podía arriesgarse a permitir que ese cañón descargara un solo disparo. El resultado sería devastador y Pinzón no tendría ni una sola oportunidad de salir de allí. Ese tenía que ser su primer objetivo.

Sintió movimiento entre las ruinas y un vistazo rápido le dijo que Pinzón estaba listo para actuar, saltando de cobertura en cobertura para atraer la atención del dalek. El dalek también lo sintió y su apéndice ocular pivotó en dirección a él.

—¡Alto! ¡Muéstrate! ¡Ríndete y no serás exterminado! —El graznido metálico y seco del dalek provocó un escalofrío en la espalda de Ascuá al hacer ecos por la carretera, vacía salvo por ellos. Ascuá intentó ver a Pinzón, tratando de distinguirlo entre las ruinas para anticipar su siguiente movimiento. Era imposible que obedeciera las órdenes del dalek. Aunque no estuviera fingiendo, ser exterminado sería una alternativa mejor que convertirse en esclavo de esos monstruos.

¡Ahí! Volvió a verlo moverse, cerca de los restos de una casa quemada, y el dalek pivotó lanzando tres descargas cortas sucesivas con su arma. El aullido agudo de los rayos energéticos casi era ensordecedor. Hubo un destello de intensa luz blanca seguida por el estruendo de una explosión, y los restos del muro cayeron en un montón, cerca de donde Pinzón había estado escondido hacía apenas unos segundos. El humo se arremolinó lentamente al salir de las ruinas sin una brisa que lo dispersara.

—Buscad. Localizad. ¡Destruíd! —ordenó el dalek—. Encontrad al humano y exterminadlo.

—Obedecemos —dijeron a coro las degradaciones con sus guturales voces sintéticas. Los dos *planeadores* se alzaron dejando tras de sí columnas de luz, mientras los demás se dispersaban en abanico, cubriendo las ruinas con sus amas.

La patrulla se había separado y Ascuá reconoció su oportunidad. Se puso de rodillas, apoyando el arma dalek en su hombro y mirando a lo largo del arañado cañón. Colocó un punto de luz sobre la cabeza de la *aberración* del cañón, respiró hondo y disparó.

El arma lanzó un poderoso rayo de energía, y la fuerza de la descarga casi la tira de espaldas. Mantuvo el hombro en posición y recuperó el equilibrio. El aire se llenó del hedor del ozono quemado.

Tenía buena puntería y el rayo de energía atravesó el caparazón de bronce del mutante, haciendo un profundo surco negro y detonando una de sus válvulas de radiación. Sin embargo, no tuvo el efecto deseado de provocar que su cabeza explotara de forma espectacular. En su lugar, provocó una respuesta mucho más indeseable.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! —exclamó la *aberración*, rotando su cabeza 180 grados para escanear lo alto de la colina—. ¡Una hembra humana armada con un neutralizador dalek! ¡Exterminar! ¡Exterminar!

Presa del pánico, Ascuá miró el arma que tenía en las manos. ¿Qué había fallado? Nunca había visto a un dalek sobrevivir al rayo energético de una de sus propias armas. ¿La armadura de

este nuevo tipo de mutante tenía un refuerzo especial? En cualquier caso, solo había conseguido comunicarles su propia ubicación.

Tenía que actuar rauda, golpeando al dalek justo debajo del apéndice ocular, así que alzó el rifle cerrando el ojo izquierdo, imaginando una línea directa hasta el dalek, mientras este giraba su propio cuerpo preparándose para devolver el fuego. Apretó el gatillo improvisado y el arma escupió otro rayo de energía.

El disparo acertó su objetivo, golpeando al dalek justo bajo el apéndice. La carcasa detonó con una explosión satisfactoria, destrozando las rejillas sensoras y derramando la masa orgánica del kaled muerto del interior. Las llamas lamieron los bordes de la herida dentada mientras la carne verde borboteaba al salir con un silbido grotesco.

Ascuá no tenía tiempo para celebrar, sin embargo, ya que la *aberración* con forma de huevo abrió fuego en respuesta. Sus cuatro armas dispararon en rápida sucesión, como una serie de cañones de artillería, chamuscando la tierra en lo alto de la loma. Ascuá saltó hacia atrás, rodando para cubrirse, pero era demasiado tarde. El impacto había desestabilizado el suelo y el borde de la loma se colapsó con un desprendimiento de barro y tierra.

Ascuá sintió el mundo caer bajo sus pies. Gritó, agarrándose a su rifle con todas sus fuerzas, al rodar de cabeza hacia el grupo de *aberraciones* de más abajo.



Muy por encima de Moldox, una caja azul apareció replegando la realidad al deslizarse sin esfuerzo fuera del Vórtice del tiempo. Parecía incoherente, aquí en la frontera exterior de la Espiral de Tántalo, una reliquia de una tierra antigua que se había colado por el tiempo y el espacio, apareciendo al final aquí. Con el farol de su techo parpadeando como loco al recuperar la solidez. Si el espacio transmitiera los sonidos, su aparición habría estado acompañada de un zumbido mecánico, pero solo hubo silencio.

La llegada de este objeto anacrónico, sin embargo, no pasó desapercibida y la aparición de la TARDIS iluminó las alarmas de miles de paneles de control dalek. Los platillos volantes dalek entraron

en acción, volando a través del vacío para adoptar formaciones de combate, con un temblor en sus luces al prepararse para usar todo su poder.

Dentro de la TARDIS, el Doctor, mejor dicho, el Señor del Tiempo, que hasta ese momento había vivido muchas vidas usando ese nombre, giró un dial y se apartó de la consola. Juntó las manos a su espalda y esperó.

A su alrededor, los círculos de la pared brillaban emitiendo una luz tenue, destacando las profundas arrugas de su cara entre las sombras, formando un mapa de los cien años o más durante los que había llevado ese rostro a través de conflictos y preocupaciones.

La columna central zumbaba con un fuerte ronroneo al alzarse y caer, como si la máquina estuviera respirando, inspirando y expirando. Era un pensamiento reconfortante. Significaba que no estaba solo. Suspiró y miró el paisaje estelar que se proyectaba a través del techo, ahora traslúcido, de la sala de control.

Sobre él se encontraba la forma etérea del Ojo de Tántalo.

El Ojo era una anomalía, un enorme pliegue en el espacio-tiempo, una estructura imposible que no tenía derecho a existir, pero, sin embargo, lo hacía. ¿Cómo se había formado? ¿Era natural o producto de alguien? Nadie lo había podido averiguar jamás. Lo único que sabía el Doctor era que era más antiguo que los Señores del Tiempo y que Omega, el gran ingeniero, en esos antiguos días mejores de la Diáspora de los Señores del Tiempo, había escrito sobre el Ojo

y sus muchos y obtusos secretos. Secretos que aún entonces ocultaba.

Desde esa distancia, al límite de la Espiral, tenía el aspecto de un enorme cuerpo gaseoso, un ojo humano arremolinado, rodeado por una hélice de mundos habitados. Salpicado por la débil luz de gigantes moribundos, en el que florecían hambrientas las nuevas estrellas, renacidas en un ciclo eterno de muerte y resurrección. Cuerpos celestiales atrapados en un horizonte de sucesos bajo la influencia de sus susurros temporales.

Al Doctor, lo dejaba sin aliento. Había venido a menudo en otras vidas, sobre todo en su cuarta y su octava, las de inquietudes más románticas, pero esos días ya eran recuerdos distantes, sueños que habían tenido otras personas. Solo quedaba la guerra. Lo había consumido, transformándolo en algo nuevo. Un Guerrero.

Al igual que el Doctor Guerrero, la Espiral de Tántalo también había cambiado. Lo que fuera un refugio pacífico ahora sufría la plaga de la ocupación dalek. Se había vuelto una zona en guerra, como casi todo el universo, una escala desde la que los daleks continuarían su cruzada para poblar toda la eternidad y donde avituallarse para su campaña infinita contra los Señores del Tiempo.

Por eso había venido el Doctor a la Espiral. Los daleks se estaban aglomerando aquí y tenía que medir sus fuerzas. Había un modo simple y efectivo de hacerlo.

—Muy bien —gruñó—. Venid a por mí.

Los platillos dalek empezaron a congregarse sobre la TARDIS. Todavía no estaba al alcance de

sus armas de energía, pero el Doctor sabía que en cualquier momento recibiría una andanada. Dio un paso adelante y volvió a tomar los controles.

—Espera —se murmuró a sí mismo—, espera al momento justo...

Pulsó un interruptor y abrió el canal de comunicaciones. Un centenar o más de voces dalek gritaban en una cacofonía caótica. Apenas se distinguían sus palabras, pero el Doctor sabía bien qué estaban diciendo: «¡Exterminar! ¡Exterminar!». Incluso entonces, ese sonido le ponía la carne de gallina.

Se estaban acercando, pero el Doctor esperó más.

El platillo en cabeza se puso al fin a su alcance, colocándose rápidamente sobre la TARDIS.

—¡Ahora! —aulló el Doctor con todo el aire de sus pulmones, activando una palanca hacia delante y agarrándose tanto al borde de su consola que los nudillos se le pusieron blancos por el esfuerzo.

La TARDIS salió disparada hacia arriba como un cohete. Pilló al platillo totalmente desprevenido, golpeando su panza llena de cúpulas y atravesándolo a una velocidad tremenda, volviendo a surgir por la parte superior de la nave mientras giraba sobre sí misma, haciendo que el platillo se desequilibrara.

Los sistemas electrónicos internos del platillo chispearon y explotaron, visibles a través del dentado agujero. Se inclinó, girando fuera de control, con sus armas disparando de forma indiscriminada. Un rayo de energía golpeó a un platillo cercano, mientras la nave dañada se estrellaba girando sobre sí misma contra otro que

había sido demasiado lento para iniciar maniobras evasivas.

En sus monitores, el Doctor contempló las carcasas de daleks dañados flotando inmóviles al vacío mientras sus propias naves se quemaban.

—Ya está, pequeña —dijo, manipulando los controles una vez más para sacar a la TARDIS del alcance de otra arma de energía. Los platillos dalek maniobraron como una bandada de pájaros, surcando el vacío tras él, con sus cañones escupiendo muerte a su alrededor—. Eso es —dijo—, seguidme.

Como si fuera piloto de una avioneta acrobática —solía ir a verlas a menudo con el brigadier en sus días de colaboración con UNIT en la Tierra—, el Doctor se lanzó en picado haciendo toneles a través del vacío, obligando a los daleks a perseguirlo, pero siempre un paso por delante del alcance de sus cañones.

Mientras tanto, la mirada siniestra del Ojo los contemplaba carente de emociones.

—Bueno, ya era hora... —dijo el Doctor, sonriendo, cuando cien o más TARDIS de combate se materializaron saliendo del Vórtice detrás de la flota dalek—. Ahora sí que os tenemos —gruñó, girando un manillar y lanzando la TARDIS en picado y girando sobre sí misma para que pudiera escabullirse por debajo de la oleada de platillos dalek que se acercaba, reuniéndose con sus camaradas.

El exterior de un color blanco lechoso de las TARDIS de combate era capaz de transformarse en escudos o, como en esta ocasión, en cualquier tipo de sistema de armamento preconfigurado.

Las TARDIS se dispersaron disparando en cientos de direcciones distintas mientras los daleks intentaban invertir su curso, al encontrarse de bruces con un enemigo que los había flanqueado con tanta facilidad.

Hubo oleadas de torpedos temporales, muchos de los cuales alcanzaron sus blancos, congelándolos y atrapándolos en un patrón de bloqueo temporal, un segundo capturado del que los platillos no podían escapar. Las naves dalek se convirtieron en silenciosas bolas de fuego cuando los Señores del Tiempo continuaron su ataque con ráfagas explosivas.

Los daleks, sin embargo, no se retiraban y, mientras la TARDIS del Doctor atravesaba la superficie de otro platillo, lanzándolo a dar vueltas sobre uno de los planetas bajo ellos, empezaron a recuperar la ventaja, al hacer detonar una TARDIS con cada disparo.

El Doctor vio explotar las naves temporales, con sus dimensiones internas desplegándose contra la realidad, abriéndose como violentas flores hasta alcanzar su tamaño real, antes de arder en el vacío. Sus dedos correataron por los controles y la TARDIS repitió su baile, justo cuando las naves dalek escupían otra andanada.

—¡Entrad en fase! —gritó por el sistema de comunicaciones.

Los Señores del Tiempo hicieron lo que les había ordenado, haciendo que sus TARDIS desaparecieran de la existencia con un parpadeo. Aparecieron de nuevo un momento después, habiendo saltado dos segundos al futuro para evitar los

rayos de las armas dalek, que se desvanecieron inofensivamente en el espacio.

Su andanada en respuesta fue mucho más efectiva y detonó incontables platillos dalek.

—¡Retirada! ¡Retirada! —El coro de voces dalek, que ahora tenía menos miembros, pero seguía oyéndose de fondo, había cambiado. Intentaban reagruparse, alejándose del Ojo y usando los restos de sus camaradas caídos como cobertura.

—¡Los hemos hecho huir, Doctor! —gritó una satisfecha voz femenina por la red de comunicaciones.

—¡No los perdáis! —respondió él—. Mantened la ventaja.

Los Señores del Tiempo, que ahora superaban en número a las naves dalek por dos a uno, hicieron eso exactamente, avanzando, algunas por arriba, otras por abajo, atrapando a los daleks que se retiraban entre ellos.

Los torpedos temporales hicieron su función, frustrando la retirada dalek, y en segundos, el espacio sobre el Ojo de Tántalo estaba lleno con los escombros del resto de la flota dalek.

—Bien hecho, Doctor —dijo la mujer en las comunicaciones. Parecía llena de júbilo. Era la capitana Preda, comandante de la quinta flota de combate de los Señores del Tiempo—. Los hemos hecho correr como pollos sin cabeza.

—No cuentes tus victorias tan pronto, Preda —replicó el Doctor con tono siniestro—. No tengo claro que se haya acabado aún. Podría haber más escondidos a la sombra de esos planetas.

—Pues vamos a mirar —dijo Preda. El comunicador zumbó y las TARDIS de combate, ma-

niobrando para entrar en formación de punta de lanza, se acercaron volando al Ojo de Tántalo.

Cauteloso, el Doctor los siguió, manteniendo la vista en sus monitores.

La emboscada llegó sin previo aviso. No hubo alarma ni indicio de que ocurriera nada raro o de que hubieran activado cualquier tipo de trampa. En un segundo no había nada y, al siguiente, una armada de naves indetectables había salido del Vórtice.

El Doctor había visto ya esas naves un puñado de veces. Navíos ovoides lisos, del negro más puro, carentes de las luces parpadeantes habituales que solían marcar los platillos dalek y el doble de peligrosos. Eran un avance reciente e indeseable. Se decía que acechaban en el Vórtice como arañas en el corazón de su tela, detectando la vibración de las TARDIS que cruzaban. Solo entonces aparecían, volviendo a la existencia para pillar desprevenidos a los Señores del Tiempo.

Eran elegantes, mortales. El Doctor acababa de darse cuenta de que Preda y su flota acababan de caer en su red.

Los Señores del Tiempo no tuvieron tiempo de reaccionar. Ni una sola TARDIS tuvo tiempo de desmaterializarse antes de que las armas dalek las abrieran como latas de hojalata y esparcieran su interior por el frío vacío del espacio.

El Doctor rugió golpeando los controles con los puños y haciendo que la TARDIS girara sobre sí misma de lado en una maniobra evasiva que le salvó la vida. Sin embargo, la TARDIS sufrió un

MÁQUINAS DE GUERRA

impacto en el flanco derecho y perdió el control de sus giros. Con los estabilizadores incapaces de compensar, el Doctor se estampó contra el suelo, rodando por la tarima central al sacudirse la nave.

La TARDIS, tras perder el control, cayó de cabeza hacia uno de los planetas que había bajo ella.